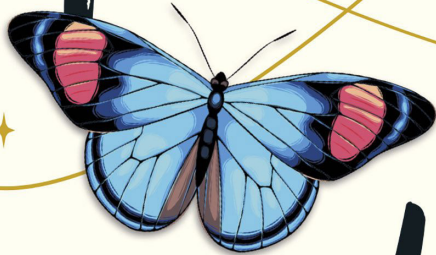


ALINA NOT



Tú, por

pura



casualidad

Trilogía Azar I

CROSS
BOOKS

ALINA NOT

Tú, por
pura
casualidad

Trilogia Azar

CROSS
BOOKS

1

Las definiciones de «Destino»

Beth

—El destino es un encadenamiento de sucesos que te lleva a un lugar concreto. Todo está escrito. Esto forma parte de un plan mayor. Mejor. Superpositivo. Te lo digo de verdad, estoy convencidísima.

Sostengo abierta la puerta del cubículo del baño con la cadera, para poder tenderle la mano a mi amiga y animarla a salir. Samira cree que suena muy segura de sus palabras, lo puedo notar por la decisión anclada en su mirada, pero las manchas de rímel de sus mejillas y el hecho de que esté sentada en una taza de váter con la nariz roja y un trozo de papel higiénico pegado a la suela de la zapatilla no acompañan a esa exposición de firmes creencias.

—El lugar concreto al que me ha traído mi destino es el baño de una gasolinera, Sam. Eso contando con que el destino se comunique en forma de ese mensaje de socorro que me has enviado antes de apagar el teléfono para hacer más dramática tu situación. Ya se ha ido, ¿no?

Pone su mano sobre la mía y deja que tire de ella con suavidad para levantarla de este triste y sucio baño y llevarla

de vuelta al exterior. Entorna los ojos cuando el sol le da en la cara. Le tiendo un pañuelo que consigo rescatar del bolso con la mano que tengo libre, pero no hace amago de cogerlo.

—Se ha ido —confirma, con la mirada clavada en la carretera que sale del pueblo.

—Lo siento.

Le suelto la mano para poder abrazarla por el cuello y estrecharla contra mí, pegando nuestras mejillas.

—Lo sé.

No dice que no tengo ni idea, o que nadie en el mundo puede entender cómo se siente. Tampoco me recuerda que yo nunca he estado tan enamorada como ella aún lo está. Sabe que, a pesar de eso, comprendo muy bien lo que es que alguien te deje atrás. Su ex acaba de largarse por la misma carretera por la que lo hizo mi padre hace once años.

—¿Qué tal si vamos a por un batido de chocolate con kilos de nata montada y me cuentas todos esos planes que te depara el destino ahora? —propongo.

—En algo tienes suerte, ¿sabes? Tú no tienes que exponerte a que te rompan el corazón una y otra vez mientras piensas que es para siempre. Tú ya sabes que cuando encuentres al tío con esa cara será el definitivo.

Lanzo un suspiro y sacudo la cabeza. Con el tiempo, cada día tengo más dudas de lo que me sucedió. Y tampoco es que me guste pensar demasiado en ello. Volver atrás es desgarrarme por entero una y otra vez.

—No debería habértelo contado. Los chispazos y las malas conexiones de unas neuronas que agonizan no son como para ir alardeando por ahí.

Samira es una de las dos únicas personas con las que he hablado de verdad y sin censuras de lo que sucedió en el accidente. Cuando desperté en el hospital era ella quien estaba junto a mi cama. No dejó de venir ni un solo día en los

meses que pasé allí. Tuvo que ser ella la que me sostuviera y me anclara a la vida cuando mi madre apenas podía sostenerse a sí misma. Tuvo que ser ella la que lloró conmigo cuando me dieron la noticia de que nunca volvería a ver a Dylan. Y fue ella la que comenzó toda una investigación sobre experiencias cercanas a la muerte, destino y visiones de futuro cuando le hablé de las sensaciones que me arañaban la mente.

—No digas eso —me regaña. Se pasa la punta de los dedos bajo los ojos y fuerza una sonrisa—. Tus agonizantes neuronas acertaron en todo lo demás, ¿no? Tú me das esperanza. Se te pasó toda tu vida por delante de los ojos. Literal. *Toda* tu vida. Incluso esa que aún no has vivido. Y si eso significa lo que parece que significa y el destino está escrito, ¿no te das cuenta? Da igual cuánto la cague, chica, no tengo que volverme loca con tomar las decisiones correctas. Haga lo que haga el resultado será el mismo. Y sé que para alguna gente eso es aterrador, pero a mí me tranquiliza mogollón. Si mis actos decidieran mi final, ¿cómo crees que iba a acabar?

Se me escapa una risita ante su tono dramático.

—Fatal —respondo con sorna.

—¡Fatal! —se muestra de acuerdo con un chillido.

Le ofrezco de nuevo un pañuelo de papel y esta vez lo coge y se limpia la cara con cuidado.

—Anda, vamos.

Le pongo una mano en la espalda para animarla a avanzar a mi lado. Empezamos a recorrer el camino de vuelta hacia el centro, siguiendo el borde de la carretera.

Durante todo el tiempo que nos cuesta llegar a nuestra cafetería favorita, me aseguro de que alguna parte de mi cuerpo siempre esté en contacto con ella. Durante el año que siguió al accidente es lo que ella hizo por mí, mantenerse a mi lado, cerca, en contacto, pero en silencio, dándome el es-

pacio necesario para sanar. Y es lo que yo haré por ella siempre que lo necesite. Incluso cuando sobran las palabras, sabemos que la otra permanecerá firme como una roca para protegernos a ambas de los embistes de la tempestad.

A pesar de formar parte del mismo grupo de amigas desde que éramos pequeñas, Samira y yo no siempre tuvimos esta conexión que ahora nos ha vuelto inseparables. Éramos muy diferentes. Supongo que lo seguimos siendo, en realidad. Ella es impulsiva, irreflexiva, extrovertida y siempre actúa antes de pararse a preguntar. Yo soy todo lo contrario, incapaz de lanzarme sin haber calibrado antes todos los riesgos y comprobado unas cuantas veces las medidas de seguridad. Pero sucedió. El accidente que mató a la chica que yo era y trajo de vuelta a la vida algo semejante pero no igual. Los amigos pronto dejaron de venir de visita al hospital. La familia, rota, nunca llegó a recuperarse lo suficiente como para sostener mi peso mientras aprendía de nuevo a caminar. Pasó un año de vida sin vivir. Un año de mera supervivencia. Y en cada uno de esos días oscuros, mi amiga se encargó de mantener el titileo de una vela al final del túnel y no me soltó la mano hasta que me abrí paso a la superficie.

Pongo la enorme copa de batido delante de ella, que ya está sentada a la mesa más discreta del local.

—Gracias —murmura, y empieza a dar vueltas a la pajita, haciendo dibujos en la nata—. Estoy un poco triste por mí, pero feliz por Andrea, ¿sabes? En este pueblo se estaba ahogando. Aquí nunca la iban a dejar ser ella del todo. Ser libre.

Le dedico una sonrisa de labios sellados cuando alza la vista hasta encontrar mis ojos. Admiro mucho esta parte de Sam. Ni siquiera cuando más duele es capaz de pensar solo en sí misma.

—Andrea te quiere del mismo modo. Lo sabes, ¿no? —le

recuerdo—. No se ha ido porque no te quiera. Ha tenido que ponerse a sí misma primero esta vez.

Sam asiente e inspira hondo por la nariz antes de soltar el aire de golpe por la boca.

—Me alegro de que lo haya hecho.

Estiro la mano sobre la mesa para poder apretar la suya.

—Nosotras vamos a estar bien —prometo.

—Supongo que sí. Lo consultaré con las cartas, solo por asegurarnos —dice con una sonrisa torcida. Lo malo es que sé que no es para nada una broma.

—Consúltalo con quien quieras. Nadie sabe más del puñetero destino que yo —le sigo el juego, y acompaño mi afirmación de una mueca hastiada.

Está a punto de hablar, con un brillo divertido en las pupilas, cuando algo detrás de mí capta su atención y su expresión cambia de manera radical.

—Beth...

Giro el torso de forma brusca, antes de que tenga tiempo de decir nada más, para dirigir la mirada a la puerta del local.

Se me para el corazón al verlo, como lo hizo aquella noche cuando un choque brutal acabó con mi vida de un plumazo. Se me revuelve el estómago y siento que la cafetería da vueltas mientras el suelo se abre en dos y muestra un vacío infinito justo debajo de mis pies.

Ross.

Sus ojos se detienen en los míos y se le desencaja el gesto. La risa que venía soltando en respuesta al chiste de alguno de sus amigos se corta de golpe y deja un incómodo eco en el aire. Los labios se le tuercen en una expresión que mezcla la lástima y la culpa. Me mira del mismo modo en que me miró aquella única vez que vino a verme a la blanca y fría habitación de hospital: como si supiera que fue una sola de sus malas decisiones la que me destrozó para siempre.

Los recuerdos me taladran en una espiral caótica de sentimientos encontrados. Hay emociones de las que llevo grabadas a fuego que siempre serán tuyas. El cosquilleo de las mariposas. La llama del primer amor. El descubrimiento mutuo entre sus sábanas. La decepción. Y un corazón roto que aún tenía reciente la herida cuando dejó de latir. Ross me hizo sentirlo todo y luego me partió en dos mientras se reía con sus colegas. Me hizo amarlo y odiarlo con la máxima intensidad en la misma maldita noche.

El abismo sobre el que pendo se ensancha cuando me recuerdo a mí misma saliendo de la fiesta con las lágrimas cubriéndome las mejillas. Cuando veo a Dylan abrirme la puerta del coche, siento su abrazo antes de dejarme subir y lo oigo prometer que me llevará a casa. Una casa que dejó de ser un hogar en el momento en que él se fue.

Vuelven de golpe todos los «y si» que llevo años acumulando. Si Ross no me hubiera dejado hecha pedazos, alardeando delante de sus amigos; si yo hubiera tenido a alguien en esa fiesta con quien llorar hasta sacarme la humillación de dentro; si no hubiera llamado a Dylan para que viniera a recogerme; si...

Me pongo en pie de golpe, mareada y con las piernas convertidas en mantequilla, mientras un temblor incontrolable me recorre todo el cuerpo.

—Tengo que irme —murmuro—. Yo... Tengo que... Mi madre quiere que vaya a casa de los Rivera.

Sam se levanta como un resorte.

—Voy contigo. Salgamos de aquí.

—No —la freno—. No, no. Necesito... Nos vemos esta noche.

No insiste. Se traga las ganas de protegerme en su burbuja, como ha tenido que hacer tantas veces ya.

Agarro el bolso y salgo del local a toda velocidad, con el

corazón a mil por hora y unos pasos para nada firmes. Siento la mirada de Ross sobre mí todo el camino hasta que atravieso la puerta abierta y me lanzo a la calle. Como cada vez en los últimos tres años, ni siquiera se atreve a hablarme. Y tampoco pienso darle opción a hacerlo. Espero que su visita sea corta y vuelva a su prestigiosa universidad lo antes posible. Todo es más fácil así para los dos, estoy segura.

Tengo que sentarme en un banco a mitad de camino, esconder la cara entre las rodillas y respirar despacio mientras busco ese lugar dentro de mí que tanto he practicado con el psicólogo y que me protege de la ansiedad. Me veo a mí misma en el escenario, con el auditorio vacío, con la música sonando fuerte, canalizando todo lo que llevo dentro en forma de canción. La favorita de Dylan. Y, cuando soy capaz de recuperar el control, me recompongo también en aspecto y me preparo para hacer creer a mi madre que soy lo suficientemente feliz como para que no tenga que preocuparse.

El jardín de los Rivera siempre está lleno de flores. Incluso cuando la estación del año no es propicia. Rafael, el jardinero, es el hombre más trabajador y dedicado que he conocido jamás, así que merece que todo lo que planta acabe convertido en algo hermoso. Subo la imponente escalinata de la entrada y llamo al timbre, que resuena en el interior de la casona de modo solemne.

—Llegas tarde.

Asiento, complaciente, ante la crítica de mi madre. Hace tres años que ando con pies de plomo a su alrededor y que me esfuerzo por no contrariarla. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que le he arrebatado.

—Lo siento. Samira tenía un problema.

Me callo que, en realidad, he estado a punto de no venir.

Ella suaviza el gesto, se hace a un lado y me invita a pasar con un solo movimiento de mano. Es fácil aplacarla si mi

amiga está involucrada en cualquiera de mis meteduras de pata. Supongo que, si ahora le tiene tanto cariño, es porque Sam la liberó de tener que ocuparse de mí cuando ella no tenía ni fuerzas ni ganas para ello.

—Lauren y yo queremos hablar contigo. Pasa, está en el salón.

Conozco la casa de los Rivera como si fuera la mía. De hecho, se podría decir que casi lo fue durante muchos años. Mi madre trabaja como asistente personal de Lauren desde antes de que yo naciera, aunque nunca se tratan como jefa y empleada, sino como amigas. De pequeña pasé mucho tiempo entre estas cuatro paredes, los niños crecimos como hermanos, y siempre los consideré familia, sobre todo a *ella*. Antes, claro.

Lauren va elegante e impecable, como siempre. Su piel tostada, esos ojos felinos y su actitud decidida la hacen magnética. Nadie que se cruce con ella se resiste a seguirla con la mirada. Y su hija Lydia es su viva imagen. Será por eso que en el instituto todo el mundo la admiraba de lejos, la odiaba en voz alta y la envidiaba en silencio. Yo, por el contrario, la quería, aunque, como tantas cosas, eso también pasó a conjugar en pasado después del accidente.

—Me alegro mucho de verte, Beth —dice la anfitriona, frente a mí, al otro lado de la mesa de café—. Gracias por venir. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien.

Mi madre se sienta a mi lado, y yo miro a una y a otra en espera de una explicación.

—¿Qué pasa? —pregunto, inquieta.

—Estás a punto de acabar el instituto, y con una buena media de notas —comenta la dueña de la casa—. Hemos hablado de tu futuro. De los sueños que tienes. De salir de aquí. De estudiar lo que te gusta. Te has esforzado mucho con el grupo de teatro, incluso estos últimos años.

Siento un nudo en la garganta. Quise odiar el teatro cuando él se fue. Lo deseé de verdad. Pero no pude. Samira me sostuvo; el teatro me salvó. Como ha hecho siempre. Y sé que Dylan no querría que yo dejara de actuar. Así que sigo. Dejo que me llene y que me lama las heridas. Aunque siempre haya sabido que es un sueño inalcanzable para mí.

—En la universidad de Lydia hay una buena escuela de Arte Dramático, ¿lo sabías? —sigue hablando mientras yo me enredo en mis pensamientos.

Suena como todo un eufemismo, sinceramente. Esa Escuela de Arte Dramático, a cinco horas de distancia de casa, es una de las mejores del país. La universidad lo es. Pero también una de las más exclusivas. No cualquiera entra, no sin una recomendación o un expediente impecable. De hecho, Samira ha pasado el último año repitiendo asignaturas solo para poder pasar la nota de corte que exige la Facultad de Odontología. Miro a mi madre con el pulso acelerado, para buscar respuestas en sus ojos.

—No puedo prometerte gran cosa, hija —admite con un deje de amargura en su tono—. He estado ahorrando, ya lo sabes, y con eso y la indemnización por el accidente podemos cubrir la matrícula del primer año. No es mucho, pero es un curso entero para que vayas a la universidad, para que salgas de aquí y vivas y hagas lo que siempre has querido hacer. Así puedes ver si es lo que deseas y tomar decisiones. Y, si quieres seguir con ello, quizá podrías obtener una beca o nos las arreglaremos para conseguir el dinero de alguna manera.

—No tenéis que preocuparos en absoluto por eso. —Lauren cierra la boca y aprieta los labios con resignación cuando mi madre le lanza una mirada de advertencia.

Mamá siempre ha sido demasiado orgullosa para aceptar algo que no sienta que se ha ganado trabajando.

La idea se ancla muy rápido a mi mente y veo todo el mundo de posibilidades que se abre ante mí. Es tentador. Es un subidón. Es el mejor plan que he oído en toda mi vida. Y, entonces, caigo en la cuenta de que me han convocado aquí para contármelo las dos. Lo que implica que hay alguna condición antes de que los Rivera manden una carta al rector para conseguirme un pase directo a su prestigioso campus.

—Sé lo que estás pensando. —Lauren me devuelve a la realidad y vuelvo la cara hacia ella. Me está estudiando detenidamente, como si solo con eso pudiera leerme la mente—. Eres igualita a tu madre. No sois capaces de aceptar que sois parte de la familia y que quiero que cumplas tus sueños y poder hacerlo más fácil si está en mi mano que lo logres. Así que he pensado que puedes hacer algo por mí a cambio y así estaríamos en paz.

—Ah, ¿sí? —titubeo.

Sonríe de nuevo. Una sonrisa dulce que promete esperanza.

—Lydia no está bien, Beth. No habla conmigo, por mucho que lo intento, se aleja cada vez más si intento acercarme. Estoy preocupada por ella.

Me echo hacia atrás y me recuesto contra el respaldo del sofá. Intento disimular el nudo que se me ancla en el pecho cuando oigo eso. No he vuelto a hablar con Lydia desde que se fue a la universidad y, antes, tampoco lo habíamos hecho mucho desde aquel día. Ya no es mi amiga, quizá se acerca más a lo contrario, si he de ser sincera, pero una parte de mí aún no se ha olvidado de todo ese tiempo en que fue como una hermana.

—El piso de la ciudad es grande, demasiado para una sola persona. Sam y tú podríais instalaros allí con ella. Los gastos corren de nuestra cuenta. No sé muy bien lo que pasó,

pero lo que sí sé es que, si alguien es capaz de llegar a ella, esa eres tú.

Abro la boca para decir que no, pero la palabra se me queda atascada en la garganta. Lydia no estuvo para mí cuando más la necesitaba. De golpe, sin avisar, se volvió una persona hostil que me miraba por encima del hombro y se codeaba con esa gente que nunca nos había gustado. Puede que el accidente la liberara por fin de nosotras. Puede que mi ausencia en el instituto le diera alas para ir más allá de la chica que su madre quería como mejor amiga para ella. Puede que yo la anclara a un espacio reducido del que estaba deseando escapar. Sam se quedó a mi lado cuando me hundí; Lydia se liberó de las cadenas y echó a volar. Y supongo que tampoco la puedo culpar del todo por eso. Al fin y al cabo, ella nació para brillar y Sam y yo, para soñar con hacerlo. Ahora tengo que decidir si yo también voy a darle la espalda cuando me necesita, o si debo intentar reconectar con ella por todos esos años en que nos juramos no fallarnos jamás.

La voz de Lauren rompe el espeso silencio:

—A veces quien sufre es quien hace más daño alrededor. Sé que Lydia no ha estado a la altura, pero también sé quiénes sois la una para la otra. Alguna de las dos tiene que ser la primera en ceder. Y ella ya ha aceptado que viváis allí. Es una gran oportunidad, Beth. El destino no se escribe solo, se alcanza eligiendo bien en cada encrucijada.

Destino.

—Tu destino es el teatro, cariño —aporta mi madre, al tiempo que me coge la mano y la aprieta entre las suyas. Hacía mucho tiempo que no me llamaba así y me encoge el corazón la ternura en el tono de su voz—. Haz todo lo que haya que hacer para llegar a él.

Observo sus ojos y veo todo lo que esconden detrás. El

dolor. La preocupación. Todo el amor. Y esa esperanza que aún consigue latirle dentro cuando me mira a mí.

Asiento.

Solo espero que Sam esté dispuesta a seguir a mi lado cuando se lo cuente. Lydia Rivera nos rompió el corazón a las dos hace tiempo.